Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son fruto de la imaginación de la autora y están al servicio de la ficción. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, es pura coincidencia.

Título original: *Murder on the Upper East Side*

© 2026, Gigi Waldorf
© 2026, de la traducción por Laura Moreda Caballero
© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: septiembre de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87788-60-5
DL: B 9.921-2026

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Brioworkx

Impreso en septiembre de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Gigi Waldorf

Escándalo en el Upper East Side

Traducción de Laura Moreda Caballero



Newton Compton Editores
Barcelona, 2026

Para la ciudad, mi primer amor.
Besitos

Prólogo

Viernes 12 de junio de 2026

Ocho minutos antes del asesinato

Llevo mucho tiempo planeando el asesinato de Madison DuPont. Durante el último año en Prescott pensaba casi todos los días en ello. Cuchillo, pistola, anticongelante. Me imaginaba las diferentes formas de hacerlo. Al verdadero estilo de *Miss* Scarlet.

Luego llegó la graduación y pensé que ahí terminaría todo. La manipulación. El chantaje. La crueldad. Pero no fue así. Ella no se detuvo.

Tiene que morir y he planificado el final perfecto para su historia. Madison DuPont va a exhalar su último aliento esta noche, aquí mismo, en el Club Lenox, durante la gala del centésimo aniversario de la Academia Prescott. Es la ocasión perfecta para el deceso de la exreina de la mejor escuela secundaria privada de Nueva York.

El discurso de bienvenida está a punto de finalizar. Madison se encuentra frente a uno de los dos atriles de la biblioteca revestida de madera del Club Lenox, rodeada por una multitud de unos setenta antiguos alumnos, profesores y trabajadores.

Tras ellos, los paneles de las vidrieras victorianas policromadas con vistas al patio arrojan un brillo casi mágico sobre sus esmóquines y vestidos de noche. Con su mejor voz de anfitriona, Madison anima a los presentes a tomar otro cóctel Belvedere en lo que esperan a que se sirva la cena. Mientras se acerca la copa de Martini a los labios, con su melena larga y roja reluciente bajo las cálidas luces del techo, todo mi cuerpo vibra de emoción. Si tengo que esperar toda la noche para

dar el próximo paso, lo haré. Pero espero que no lleve tanto tiempo. Le ofrece una sonrisa triunfadora a la muchedumbre y yo le devuelvo el gesto. Me pregunto si cuando la vida abandone su cuerpo mi expresión se reproducirá tras sus párpados. Si sabrá que he sido yo.

Durante los minutos que suceden al discurso, Madison conversa con sus admiradores, algunos de los cuales la odian casi tanto como yo. Espero impaciente. Me recuerdo que puede llevar un tiempo. Pero mi momento llegará.

Entonces, antes de lo que esperaba, anuncia que tiene que ir al baño.

–No he tenido un momento a solas desde la recaudación de fondos de Henry. Necesito refrescarme.

Aún tiene la copa de Martini medio llena en la mano.

Se me corta la respiración. Ha llegado el momento.

Madison sale de la biblioteca con el vestido color melocotón aleteando tras ella y atraviesa el pasillo hasta los baños. Aunque soy casi incapaz de contener la emoción, la sigo e intento actuar con normalidad. Me detengo en el salón, que ahora está repleto de invitados charlando en las mesas y rellenando sus copas, para apoyar las manos levemente sobre el respaldo de una silla y mirar con detenimiento el pasillo hasta que veo que la puerta del baño de mujeres se cierra a sus espaldas.

Es la hora del espectáculo. Mientras espero un par de minutos a que Madison se haya asentado, introduzco la mano en la pequeña bolsa que he traído y compruebo que tengo todo lo necesario. Mis dedos encuentran el pequeño mando negro que robé de la mesa de recepción unas horas antes y apago las luces.

El gentío prorrumpe inmediatamente en gritos ahogados de confusión. En el comedor, un vaso de agua se hace añicos y una silla repiquetea al caer contra el suelo. Un hombre cerca de mí se golpea con una mesa y profiere una maldición. Atravieso a toda prisa el pasillo que conduce a los baños, sin

esperar a que se me adapten los ojos, y doy algún traspié en la oscuridad.

En el vestíbulo del aseo de mujeres hay una vela prendida en el interior de un tarro sobre un tocador antiguo. Huele a gardenia. Emite la luz suficiente para que pueda ver la copa de Martini de Madison, que está apoyada sobre un posavasos de cerámica junto a una jarra de cristal con agua de pepino y una bandeja de porcelana con muestras de perfume. Exhalo un largo suspiro. Por suerte, su copa sigue medio llena.

–¿Hola? –llama Madison desde la sala contigua, que está equipada con lavabos de mármol y tres cubículos con puertas de tiradores de latón. Ya había estado aquí antes, por supuesto, y conozco todos los detalles de la sala. Las puertas de los cubículos se extienden por completo hasta el suelo clásico de baldosas. En el interior debe de estar muy oscuro–. ¿Hay alguien ahí?

No respondo. Tengo que actuar deprisa. Cojo el frasco de veneno de mi bolsa, lo vacío en su bebida y la remuevo. A pesar de que llevo las manos enguantadas, tengo cuidado de no tocar la copa.

–¿Hola? –dice Madison de nuevo, esta vez más alto–. No consigo encontrar el maldito pestillo. ¿Hay alguien que pueda ayudarme?

Sonrío, me deslizo de nuevo hacia el pasillo y la puerta se cierra de manera silenciosa detrás de mí. En el salón, un empleado del Club Lenox grita algo sobre un generador de emergencia. Lo he desactivado, por supuesto. En silencio, oculto el mando en la mano y desaparezco entre el gentío. Luego enciendo las luces.

–Ay, gracias a Dios –musita la mujer que está a mi lado. Es una antigua alumna de mayor edad, diría que graduada en el setenta y dos o el setenta y tres. Mientras se aferra al codo de su marido y los invitados de la gala exhalan un suspiro colectivo de alivio, yo espero.

La fiesta vuelve a la normalidad y la ansiedad me comprime el pecho. Aún hay muchas cosas que podrían salir mal. Puede que Madison se deje la copa en el baño. Quizá la vacíe en el lavabo y le pida una nueva a un camarero.

Pero la etérea e impenetrable Madison DuPont emerge del servicio de mujeres entre tambaleos. Tiene la mirada descentrada y la copa de Martini, que ahora está vacía, se le cae de la mano y rueda por la alfombra. Se araña el cuello y jadea.

La ansiedad se desvanece y en su lugar aparece una sensación de puro y dulce alivio.

«Te lo has bebido todo.

Buena chica».

6 de septiembre de 2016

Instagram

Imagen: las escaleras de entrada y la icónica fuente de la Academia Prescott.

TheUpperEdge: Ahh, otro precioso día otoñal en el Upper East Side. Los hijos de la élite adinerada de Nueva York se han ataviado con sus chaquetas gris oscuro, cintas y perlas para recibir con aplomo el nuevo año escolar. Los recién llegados se apresuran a subir las escaleras hasta las pesadas puertas de roble mientras los alumnos de segundo y tercer curso deambulan por la amplia acera entre vendedores de flores y carritos de fruta. Pero todos los ojos están puestos en los alumnos de último curso de este año, que se congregan como la realeza junto a la fuente. Contemplad a sus majestades: Elle Harrington y Theo Fitzgerald, juntos como si fueran uña y carne. Luego está Madison DuPont, que vuelve a mandar a paseo a Bash Beaumont. (Todo el mundo sabe que Madison no va detrás de los chicos de instituto, ni siquiera aunque se trate del encantador y querido Bash).

Pero ¿quién es esta joven belleza con chaqueta de Prescott y falda a cuadros grises y rojos que camina a paso ligero por la manzana 1000 de Park Avenue? Tiene los rizos demasiado encrespados. Los zapatos son muy corrientes (cualquier cosa que contenga «almacén» en el nombre no es de diseñador). Pero la chica nueva es guapa, lista, avispada. Si juega bien sus cartas, puede que se convierta en uno de nosotros antes de que el semestre haya terminado.

Bienvenidos de nuevo, Prescott. Va a ser un año para recordar.

1

6 de septiembre de 2016

Hannah Miller estaba teniendo una mañana muy poco memorable. Es decir, una mañana que deseaba poder olvidar. En primer lugar, el tren de la línea 6 era un expreso que se había saltado su parada y la había dejado a diez manzanas al norte de su nuevo instituto. Luego su hermana pequeña, Ami, se había pasado todo el paseo parloteando sin parar sobre una cuenta de cotilleos anónima que había descubierto ese fin de semana. Según contaba, la persona que publicaba era sin duda un estudiante de último curso de la Academia Prescott que lo sabía absolutamente todo sobre los que iban a ser sus nuevos compañeros de clase.

Hannah apretó los labios y, en ese mismo momento, hizo el juramento de pasar todo lo desapercibida posible. Su beca dependía de que mantuviera una media de notable alto y no se metiera en problemas. Y tenía objetivos que excedían los requisitos de su ayuda financiera: entrar en el prestigioso programa de comunicación de la Universidad de Pensilvania para estudiar Periodismo. Se había puesto tantísimas veces su sudadera de Annenberg Scholar (una preciada posesión desde los trece años) que casi se había desintegrado. Su mejor amiga, Grace, también deseaba de todo corazón acudir a la UPenn para el curso preparatorio de ingreso a Medicina, así que dentro de un año serían compañeras de piso. Comenzarían un nuevo capítulo de sus vidas juntas. La Academia Prescott era el medio para un fin, tan solo un año de su vida que tendría que pasar entre la prole de los miembros de la alta sociedad neoyorquina y los magnates de los negocios mientras

sus padres ahorraban para sus estudios universitarios y ella se labraba el historial académico que requería cualquier admisión a la Ivy League cuando carecías de un estatus heredado o una enorme enorme donación. La clase de donación que sus padres jamás podrían permitirse.

La madrastra de Hannah, Yoko, era abogada de inmigración; su trabajo los había llevado hasta Nueva York a finales del verano. Su padre, Brian, era el recién nombrado director de desarrollo de un museo de Bellas Artes del centro de la ciudad. Ganaban lo suficiente para cubrir el alquiler de un apartamento de tres habitaciones en el Soho, que tampoco era un gasto nimio, pero ni se acercaba a lo que costaría matricular a dos hijas en Prescott pagando la tasa completa.

Yoko se había decantado por Prescott para las dos chicas, y entre las muchas escuelas secundarias de la ciudad era una de las pocas que ofrecía becas basadas en una combinación de necesidad económica y méritos a estudiantes en cualquier punto de su carrera académica.

–La familia de esta chica… –Ami golpeó la pantalla del móvil con un dedo– tiene cinco yates. Cinco. Y este chico… –se deslizó hasta una nueva publicación y volvió a señalar– se graduó en mayo del año pasado. Ahora está haciendo el primer año de carrera en Princeton y solo tiene quince años.

Hannah apartó la mirada del Instagram de Ami. El estómago se le revolvió en señal de protesta. Si no hubieran conseguido las becas, se habrían matriculado en un instituto público del centro, y quizá habría sido lo mejor. Pero ahí estaban, caminando a paso ligero por la acera de Park Avenue, con unos zapatos planos nuevos que le apretaban los dedos gordos de los pies, unas manchas de sudor que comenzaban a formarse bajo las axilas de la blusa y una chaqueta que abrigaba demasiado. Era alta; su cuerpo, una acumulación de líneas largas y ángulos afilados que se veían compensados por los rizos castaños que flotaban tras ella en olas salvajes. Normalmente no le importaba sobresalir en una multitud (tanto literal como

figuradamente), pero ahora mismo prefería mimetizarse con el resto.

–Se llama The Upper Edge. –Ami seguía parloteando sobre la cuenta de Instagram–. Y, sea quien sea quien la lleve, es básicamente el susurrador de Prescott. He estado poniéndome al día con las antiguas publicaciones. Son cotilleos de primera y bastante crueles. Pero en plan divertido.

–Y precisamente por eso pretendo pasarme todo el día sin mirar el móvil. –Estaban a dos manzanas de las puertas de Prescott–. Y tú deberías hacer lo mismo.

Ami le dedicó una mueca exagerada. Era de ascendencia japonesa de parte de madre y, al igual que Yoko, era bajita y tenía una lustrosa melena negro azabache. Las hermanas no se parecían demasiado, pero aquella expresión era típica de los Miller.

Hannah le devolvió la mirada asesina a su hermana y aceleró el paso. Que le den al tren expreso, no tenía ninguna intención de llegar tarde el primer día.

Cuando Hannah llegó a la entrada, la jerarquía de la Academia Prescott se reveló como una flor que se abre. Los de primer año ya estaban ocultos en el interior del edificio. Los de segundo y tercero, en la acera o recostados contra las verjas. Y los de último curso (o al menos las abejas reina y sus reyes) en torno a la fuente, una construcción enorme y circular que ocupaba todo el patio delantero.

Quedaban cuatro minutos para que sonara el primer timbre. Hizo una pausa y se apoyó contra un saliente frío de piedra. «Tú puedes. Solo tienes que respirar».

Ami iba rezagada una manzana por detrás y seguramente seguía sin soltar el móvil. Hannah inhaló hondo y escudriñó a sus nuevos compañeros. Entre el conjunto de rostros mayoritariamente blancos había un puñado de jóvenes afroamericanos, latinos y asiáticos. Todos llevaban una versión del uniforme de la academia, pero sus accesorios dejaban entre-

ver que eran de familias acaudaladas: pendientes de perlas heredados, bufandas grises de cachemira y mochilas de cuero desgastadas de Goyard y Smythson.

Tragó saliva con fuerza.

–Eh, tú. Ricitos. –En la sombra de la fuente, pero a la vista, se encontraba la chica más espectacular que Hannah hubiera conocido nunca. Tenía unos hombros y muñecas delicados, las piernas muy largas y una melena ondulada y pelirroja que le caía hasta la mitad de la espalda. Sus ojos separados brillaban y eran de una tonalidad cálida marrón canela. En vez de llevar la falda a cuadros de Prescott, había conjuntado su chaqueta con unos pantalones pitillo gris oscuro y tacones de diez centímetros. Una sonrisa amable iluminaba su rostro mientras le hacía un gesto a Hannah, con unos dedos largos y pálidos, para que se acercase.

Hannah se llevó la mano al pecho. «¿Yo?».

La chica se rio y asintió.

Hannah echó un vistazo por encima del hombro y vio que Ami estaba llegando a la puerta. Debería volver, asegurarse de que cruzaba las puertas, pero… su hermana pequeña era social, optimista y valiente. Ami estaría bien.

Así que Hannah apretó los dientes y caminó hacia la pelirroja mientras le devolvía la sonrisa.

–Madison DuPont –dijo y le extendió una mano esbelta. Su manicura de color oro rosa estaba impecable–. Bienvenida a Prescott.

Hannah se vio envuelta de inmediato en el resplandor dorado de Madison. Aceptó la mano que le había ofrecido.

–Hannah Miller.

–Sé quién eres. Seré tu enlace estudiantil.

–¿Enlace?

La sonrisa de Madison se volvió seria. Cogió a Hannah de los hombros y le dio la vuelta para colocarla frente a las anchas puertas de entrada.

–Prescott no es cualquier instituto. Es la academia privada

número uno de Nueva York y, sin la posición social adecuada, tus logros académicos no tendrán sentido. Cualquiera puede graduarse con sobresalientes en todo si se lo propone. Lo que cuenta para llegar lejos es a quién conoces. Y, por suerte para ti, estoy aquí para asegurarme de que conoces a las personas apropiadas.

Hannah asintió dubitativa mientras asimilaba sus palabras. Estaría en Nueva York durante tan solo doce meses antes de regresar a Pensilvania para ir a la universidad. Hacer amigos no era una de sus prioridades, ni tampoco ningún ascenso social hasta las estratosferas que Madison tuviera en mente…, pero Prescott le resultaría aburrido enseguida si no conocía a una sola alma megaprivilegiada.

–Vamos. –Madison señaló a sus amigos, que le dirigían a Hannah miradas de curiosidad desde donde estaban en la zona de la fuente más a la sombra–. Te los presentaré y luego tenemos que entrar. –Arrugó la nariz–. El señor Harris es un estirado en lo que respecta a la puntualidad.

Los amigos de Madison, igual de guapos (y seguramente igual de ricos que ella), la saludaron con la mano. Quizá su primer día en el último curso no resultaría tan poco memorable, a fin de cuentas.

La sensación de adentrarse en la sala Kingsley se asemejaba más a entrar en un auditorio de Harvard que en el de un instituto. Las paredes estaban paneladas con roble dorado; las ventanas eran altas, arqueadas y cubiertas con pesadas cortinas. Los asientos al estilo de un anfiteatro estaban tapizados en terciopelo granate. «Toto, me parece que esto no es Pittsburgh, ¿sabes?».

Los chicos de último curso habían adornado sus camisas Oxford con gemelos de plata de ley grabados con las iniciales de la academia en letra cursiva. Llevaban mocasines de cuero italiano y peinados caros. Las chicas tenían delicadas pulseras de diamantes y rebecas de cachemira con sus iniciales.

Decoraban las asas de sus bolsos de Celine con pañuelos atados de Hermès de los armarios de sus abuelas.

Hannah se enrolló en los dedos las correas de la mochila, de lona resistente comprada en Target, y bajó la mirada hacia sus sencillas bailarinas negras. Esa mañana, cuando salían por la puerta, su madrastra les había asegurado que los uniformes eran lo mejor del colegio privado.

–Puede que los otros sean ricos, pero todos iréis vestidos de la misma manera. –Era evidente que las cosas habían cambiado desde que la señora Hiroto-Miller había acudido a un instituto privado en los ochenta.

–Después de hoy, nos dividirán en los grupos de los seminarios para la primera hora –explicó Madison, que colocó cuatro dedos sobre la muñeca desnuda de Hannah y la sacó de su ensimismamiento–. Pero la primera mañana al inicio del curso nos reúnen a todos, el rebaño regresa con su maestro.

Madison señaló con el mentón la parte delantera del auditorio, donde se encontraba un profesor con las manos entrelazadas tras la espalda. Parecía demasiado joven como para ser el maestro de nada.

–Ese es el señor Harris, da Inglés Avanzado y es el orientador principal de los de último curso –dijo una chica con una piel impecable color caramelo y el cabello castaño recogido en una coleta alta y reluciente. Se situó entre Hannah y Madison. Hannah había saludado brevemente a Elle Harrington en el exterior junto a la fuente, pero las presentaciones eran poco más que un borrón. Ahora se fijó de verdad en Elle. Llevaba la falda plisada a la altura reglamentaria (cinco centímetros por encima de la rodilla); la blusa planchada, un lazo de grogrén atado al cuello y la coleta alta sujeta con dos pinzas de oro. Mientras que la belleza de Madison era etérea y natural, la de Elle estaba pulida hasta lograr la perfección; no tenía un solo pelo o pliegue fuera de lugar.

Madison señaló al profesor, el señor Harris.

–A algunas de las chicas les parece mono, pero no te dejes engañar por su aspecto juvenil. Sigue las normas a rajatabla y no reparte sobresalientes. En mi opinión, es un pesado.

Elle se rio.

–Además, es bajo. Y debería afeitarse.

–No puede afeitarse –dijo Sebastian Beaumont, a quien todos llamaban Bash y que, al parecer, se encontraba ahora junto a ellas mientras se ajustaba un Rolex clásico en torno a su ancha muñeca–. De lo contrario la señora Caldwell, la directora, lo confundiría con uno de los alumnos. –Sus labios se curvaron en una mueca de desdén.

Por el contrario, Bash (tonificado y atlético) aparentaba más años de los que tenía y parecía preparado para conquistar Wall Street. Llevaba el cabello casi negro muy corto y los zapatos relucientes. Un pañuelo de bolsillo de color granate asomaba por su chaqueta. Las frecuentes sesiones con un entrenador privado le habían esculpido los abdominales y pectorales, así como los bíceps que marcaba bajo las mangas de la camisa y que eran la envidia de todos los chavales de instituto.

Hannah se encontró con sus ojos oscuros.

–Eres preciosa, aunque aún estás sin pulir. –Recorrió el cuerpo de Hannah de arriba abajo con la mirada, provocándole un escalofrío en la columna vertebral. «Puaj»–. Me imagino que Prescott se encargará de hacerlo enseguida.

Hannah tragó saliva. Resultaba innegable que Bash Beaumont era elegante, atractivo y estaba en forma, pero le daba repelús.

–Bash, Bash, Bash. –Theodore Fitzgerald, conocido por todos los alumnos de Prescott como Theo y solo por Elle como Teddie, le colocó una pesada mano en el hombro a su mejor amigo–. Hannah acaba de llegar. Relaja esos humos o la acabarás espantando.

Madison resopló, un sonido sorprendentemente ordinario para una chica tan refinada. Podía comportarse como quisiera y eso solo provocaría que los demás la envidiaran aún más.

–Es que Bash es un tiburón, querido Theo, él siempre las espanta.

Elle entrelazó su brazo con el de Theo. Era un joven alto y de una belleza clásica; si lo vieras en la calle, podrías confundirlo con una estrella de cine. Unos mechones rubio platino le enmarcaban las cejas pálidas; tenía los pómulos altos y las pestañas largas. Unas delicadas pecas le adornaban el puente de la nariz y llevaba una montura atemporal de Oliver Peoples, que le dotaba de un aire de distinción que debería estar fuera del alcance de cualquier chico de diecisiete años. Hannah reprimió una sonrisa. Era muy apuesto, pero no estaba disponible. No cabía duda: Elle y Theo eran el rey y la reina de la Academia Prescott. Por lo que Theo estaba más que vedado.

Hannah volvió a dirigir su mirada a Madison. Ella estaba en su propia categoría. La de una diosa dorada e inmortal.

Elle se volvió hacia Bash.

–Hablando de depredadores, ¿a cuántas de nuestras hermosas compañeras te has llevado a la cama este verano?

Una sonrisa taimada se extendió por su rostro.

–Un caballero nunca habla de eso.

Madison resopló y la sonrisa del chico se ensanchó.

–Por suerte para vosotros, no soy un caballero. Mientras Elle y Theo veraneaban en París y Madison era la envidia de Niza, Sebastian Beaumont ha disfrutado de un verano de placer aquí mismo, en el Upper East Side. Anoche el recuento llegó a catorce. Y hablo solo de las mujeres de Prescott, claro.

–Qué asco. –Elle se aferró con más fuerza al brazo de Theo y una expresión fugaz se reflejó en el rostro de Bash.

Luego la sonrisa reapareció, como si jamás se hubiera marchado. Al otro lado de la sala, apoyada en uno de los asientos del pasillo cerca de la parte trasera, había una chica bajita y con curvas con el pelo rubio y corto al estilo *pixie.* Varias capas de colgantes y cadenas de Van Cleef Alhambra le colgaban del cuello y se derramaban sobre su escote. Llevaba la falda

remangada, por lo que dejaba a la vista varios centímetros de piel suave y bronceada entre la parte superior de los calcetines largos y el dobladillo de la falda. Levantó la mano y saludó a Bash agitando los dedos.

–¿Gemma Phipps? ¿En serio, Bash? –dijo con desdén Elle.

Bash rio y le devolvió el saludo a Gemma.

–Aún no –respondió–. Pero el año es joven y estoy en busca de la número quince.

A Hannah le subió la bilis por la garganta. La necesidad de proteger a esa chica que no conocía, Gemma Phipps, la sobrecogió. Sí, era evidente que vestía de esa forma para resaltar sus curvas, pero Bash le parecía un mujeriego asqueroso. Seguro que Gemma se merecía algo mejor.

–¡Sentaos! –En la parte delantera de la sala, el señor Harris se situó tras un alto podio de caoba y dio tres palmadas breves.

–El zar de la clase ha hablado –bromeó Theo–. Será mejor que obedezcamos.

Hannah se dio la vuelta para seguir a sus nuevos compañeros de clase (llamarlos amigos le parecía prematuro) hasta una fila vacía de asientos cerca de la parte delantera del auditorio. Pero, antes de que pudiera sentarse, una mano le acarició la parte baja de la espalda y ella se giró.

–¡Hannah Miller! –exclamó una voz alegre–. Me había parecido que eras tú.

–¿Oliver? –Hannah sonrió, sobrecogida por el alivio al ver una cara familiar en aquel mundo nuevo y desconocido. Antes de que la aceptaran en Prescott, Oliver Morgan había sido su compañero de clase en un programa preuniversitario en Pittsburgh durante el verano. Había mencionado que acudiría a un instituto de Nueva York, pero la ciudad contaba con gran cantidad de escuelas privadas, y si había mencionado que se trataba de Prescott (lo mejor de lo mejor) lo había olvidado.

–¡Sentaos! –bramó de nuevo el señor Harris. Se quitó unas gafas finas de carey y las colocó sobre el podio mientras observaba al grupo de alumnos de último curso.

–Ven. –Oliver señaló dos asientos vacíos varias filas más atrás–. Siéntate conmigo.

Se despidió con la mano de Madison, Elle, Theo y Bash y se volvió para seguir a Oliver por el pasillo.

–Oliver Morgan –lo llamó Bash antes de que se hubieran alejado mucho–. No me suena haberte visto en el club este verano. Imagino que han vuelto a rechazar tu membresía otra vez.

Oliver se tensó, pero, antes de que pudiera preguntarle qué había hecho para ofender a la realeza de Prescott, él la guio hasta los asientos.

–Ignóralos –dijo con la voz tirante y las mejillas sonrojadas.

Ella abrió la boca para preguntar, pero se lo pensó mejor.

–Había oído el rumor de que a lo mejor te unías a la academia este año –afirmó Oliver, en un intento deliberado de cambiar de tema–. Los comentarios no han cesado.

–¿Comentarios?

–En la última publicación. En The Upper Edge.

Hannah arqueó las cejas.

–Es una cuenta de cotilleos que lleva alguien de Prescott –continuó Oliver–. La gente manda mensajes privados y The Upper Edge difunde las historias. Todo el insti está un poco obsesionado. Ya lo verás.

Ah, sí. La cuenta de Instagram con la que había estado embobada Ami esa mañana. La culpa le inundó el pecho. Apenas le había dirigido una sola mirada a su hermana pequeña después de llegar a la entrada de la academia.

Decidió que iría a verla después de la primera clase, tomó asiento y se volvió hacia Oliver.

–¿Comentarios sobre mí?

Oliver asintió, sus rizos dorados se balancearon y se le formaron unos hoyuelos juveniles en las mejillas. Tenía un iPhone de último modelo con una funda con espejo personalizada de CASETiFY apoyado en la rodilla. Encendió la pantalla y abrió Instagram. Bajo una publicación donde se veía la fuente de

Prescott, había una serie de comentarios que especulaban sobre la identidad de las dos nuevas incorporaciones al Upper East Side: las alumnas becadas Hannah y Ami Miller.

–Increíble –musitó. En serio, ¿a quién le importaba?

El señor Harris le dio un golpecito al micrófono y la sala quedó en silencio. Oliver le dio la vuelta a su móvil. Durante los siguientes diez minutos escucharon un discurso sobre las nuevas normas para ese año y las breves presentaciones de todos los profesores de los seminarios de último curso, así como una discusión sobre la clase de temas que conducirían a los alumnos hasta Harvard o Yale, y los que los mandarían a un colegio universitario. Mientras el señor Harris recitaba del tirón la asignación de las salas para cada grupo de los seminarios, una oleada de susurros recorría el auditorio. ¿De verdad a sus compañeros les importaba tanto la ubicación de sus clases?

Hannah levantó la vista de su regazo, donde se había estado examinando las uñas. Se las tenía que cortar. A su alrededor, todos habían sacado los teléfonos, tenían las cabezas agachadas y murmuraban.

–¿Qué pasa? –le susurró a Oliver.

–Año nuevo, drama nuevo. –Ladeó la pantalla para que ella pudiera verla.

6 de septiembre de 2016

Instagram

Imagen: un plano corto de dos manos entrelazadas; la chica lleva una pulsera de Cartier. Un gemelo de Prescott se asoma bajo la chaqueta de la muñeca del chico.

TheUpperEdge: En la Academia Prescott hay muchos pasos en falso y muchísimos secretos. De hecho, acabo de enterarme de uno tan oscuro y serio que podría hacer pedazos a una de las parejas más icónicas de Prescott. Si es que sale a la luz.

Tengo que comprobar algunos datos, pero volveré. Os había prometido un año para recordar, ¿verdad?

Atentos a esta cuenta, chicos y chicas.

2

Viernes 12 de junio de 2026
Diez años después

La gala del centésimo aniversario de la Academia Prescott tendría lugar en el Club Lenox, un establecimiento de élite solo para miembros fundado en 1896 por Augustus Willem Lenox, el tatarabuelo de Sebastian Beaumont. Lo que comenzó como un local privado solo para hombres al que acudían banqueros, dignatarios extranjeros y futuros presidentes de Estados Unidos era ahora un hotel de moda y club lujoso escondido tras una verja sin señalizar de hierro forjado en East 73rd Street.

Habiendo transcurrido una cuarta parte del siglo XXI, ahora la membresía para el Club Lenox aceptaba mujeres (en pocas ocasiones) y el chef formado en Burdeos añadía al menú, que por lo demás era tradicional, algún plato de *sashimi* o de *gnocchi* caseros. Pero poco había cambiado en ciento treinta años. Aún se seguían usando llaves de latón en lugar de tarjetas. Los diez cuartos para huéspedes de la segunda planta seguían sin contar con televisiones ni puertos USB, de hecho, el club evitaba por completo tener presencia en internet. No tenían página web, no aceptaban reservas *online* y las cámaras y los dispositivos inteligentes estaban prohibidos en las instalaciones. Sin excepciones.

Hasta el día anterior, Hannah Miller había planeado evitar a toda costa el Club Lenox y la gala de aniversario de su *alma mater*. No había mantenido el contacto ni con uno solo de sus compañeros de clase, a excepción de Oliver Morgan, con quien podía tomarse un café en cualquier momento. Los dos

vivían en el centro y trabajaban en los medios de comunicación: Hannah escribía para *Culture Vault*, una conocida web de política y cultura, y a Oliver le iba bastante bien con un canal de YouTube dedicado a los inmuebles de lujo y a construir una marca personal. Hannah no comprendía del todo a qué se dedicaba su amigo, pero se había hecho famoso en el ámbito de estilo de vida y se alegraba por él.

Pero la mañana del día anterior recibió un mensaje de su jefe:

JEFE
Te has estado guardando información, Hannah. Llevamos años intentando acceder al Club Lenox. Quiero un artículo de seguimiento extenso al de los ultrarricos. 5000 palabras para el lunes, por favor.

Intentó escabullirse, pero fue en vano. *Culture Vault* ya había pagado su entrada de precio desorbitado y había confirmado su asistencia. El «artículo sobre los ultrarricos» se había publicado hacía tres semanas, el mismo día en que el marido de Madison DuPont, Henry Alcott Winslow, un ultrarrico de Nueva York donde los haya, anunció que se presentaba a alcalde. El breve artículo, una denuncia poco velada de los antiguos compañeros de clase de Hannah, se había vuelto viral y había provocado de forma involuntaria un aluvión de críticas negativas contra la campaña a la alcaldía de Winslow.

No tenía ninguna gana de pasar una velada socializando con los mismos excompañeros a los que acababa de tocar las narices. Pero a su jefe le importaba una mierda el orgullo de Hannah, así que ahí estaba, en East 73rd Street, acercándose a la discreta puerta del club por primera vez en una década. Se tiró de la cintura del vestido negro y apretó los dientes.

La puerta se abrió y la recibió el mayordomo del club, un hombre mayor vestido con esmoquin que extendió la mano para que Hannah le entregara la entrada. Mientras compro-

baba su nombre en la lista, echó un vistazo tras él, más allá de la mesa de recepción y hacia el interior del local. La noche era joven, pero el Club Lenox ya desprendía el calor de unos sesenta cuerpos apiñados en el salón de la primera planta, el comedor y la biblioteca de paredes paneladas en madera. Entre ellos reconoció a unas pocas caras conocidas de su época en Prescott: Alex DuPont y Beatrice Whitmore charlaban junto a la chimenea, y la señora Caldwell le dirigió un saludo educado desde su asiento frente a una de las mesitas con tapa de mármol del salón. Hannah se obligó a adoptar una amplia sonrisa y le devolvió el saludo. «Ya no hay vuelta atrás».

Justo en ese momento, el mayordomo se aclaró la garganta y señaló una gran bolsa de terciopelo negro que colgaba de un gancho junto a la puerta. Ella la miró desconcertada.

–Su teléfono, señorita Miller. Se lo devolveremos cuando finalice la velada.

Puso un gesto de desagrado. Se había olvidado de la política del club de no permitir los dispositivos y tendría que tomar nota a mano.

Dejó caer el móvil dentro de la bolsa con un suspiro, luego dejó atrás al mayordomo y se adentró en la sala principal.

A los pocos minutos de entrar, Hannah se vio transportada de vuelta a diez años antes, a la Academia Prescott. A diferencia de entonces, ahora parecía estar a la altura: con un corte de pelo y un peinado caros, un vestido de Vera Wang (que había alquilado en Rent the Runway, pero contaba igual) y el maquillaje recién aplicado. Pero en el interior se sintió exactamente como la Hannah Miller flacucha, la estudiante becada que cogía el metro para ir al instituto mientras a sus amigos los llevaban sus chóferes privados desde sus áticos.

Si es que habían sido amigos en algún momento.

El club olía a gente de dinero, justo como hacía diez años. Mientras Hannah se dirigía hacia el bar, inhaló los sutiles aromas del abrillantador para madera, las flores recién cortadas

y el *whisky* escocés de buena calidad. Las paredes de la sala estaban paneladas con la misma madera de roble oscura y, a intervalos regulares, colgaban fotografías en blanco y negro del antiguo Nueva York (Central Park en invierno, la Quinta Avenida en torno a los años veinte).

La decoración no era lo único que había permanecido inmutable. En el extremo opuesto del salón, cerca de las puertas de la biblioteca, se encontraba Theo Fitzgerald junto a una mesita de centro redonda con un esmoquin gris ceniza de Ralph Lauren y una corbata de seda rosa. Estaba charlando con dos chicos de su año. «Hombres». Ahora todos tenían veintitantos años, pero no pudo evitar la sensación de que de alguna forma la última década se había desvanecido en el momento en que había atravesado las puertas del club.

–Un vaso de vino blanco –le dijo a la mujer del chaleco negro hecho a medida y la corbata de seda que se hallaba tras la barra de caoba oscuro–. Cualquiera que esté abierto.

La camarera frunció el ceño.

–Esta noche, el Club Lenox se ha asociado con Belvedere para ofrecer una selección de cócteles distintivos. –Deslizó hacia Hannah un menú impreso en papel con el membrete personalizado de «CL». «Martini Lenox, Velvet Hour, Empire Mule».

–El Martini me vale. –Tomó nota mental de parar después de dos copas. No tenía un buen historial con el vodka.

Mientras la camarera se ponía manos a la obra, Hannah sacó su cuaderno y anotó unas cuantas observaciones sobre el salón para su artículo. La barra era una estructura curvada de caoba con un reposapiés de latón y taburetes de cuero de color verde intenso. Por detrás, expuestas sobre estantes de cristal escalonados, había botellas de alcohol de primeras marcas y varias del *bourbon* de la marca privada del club, la parte trasera de estas se reflejaba en un espejo antiguo, marcado por el paso del tiempo. Sobre el espejo colgaba un gran reloj esférico con manecillas negras y pesadas, que parecía haber

pertenecido al club desde su fundación en 1896. Una línea musical de *jazz* veraniego sonaba a poco volumen.

La iluminación era tenue y cálida: provenía de candeleros de latón en las paredes, veladores y elegantes lámparas de ámbar en el techo. En la zona de asientos principal, los invitados estaban reunidos alrededor de mesas de centro, cada una de ellas adornada con un jarrón de latón que contenía lirios. En la esquina había un piano Steinway de media cola, a la espera de que alguien se sentara a tocarlo. En la pared que daba a la calle, un fuego ardía a poca altura en el interior de una chimenea de ladrillo a pesar del calor de la noche de junio; el sutil aroma de las brasas calientes fluyó a través de la sala hasta Hannah. Media docena de invitados de la gala estaban sentados en sillones orejeros de respaldo alto y en un sofisticado sofá de cuero marrón que rodeaba la chimenea mientras se ponían al día y bebían de sus cócteles exclusivos.

Más allá del salón, visible a través de una amplia arcada, se hallaba el comedor. Desde su posición en la barra, Hannah alcanzaba a ver que habían vestido las mesas con varias capas de manteles de lino bien planchados: una primera capa de color gris, una blanca por encima y servilletas con un ribete rojo oscuro. En el centro de cada mesa había velitas flotando en el interior de cuencos de cristal de Murano. Por encima de la estancia colgaba una enorme lámpara de araña y suspendidos de los delicados brazos dorados había unas gotas de vidrio soplado del mismo tono azul intenso de los centros de mesa.

–Su bebida –dijo la camarera en voz baja y Hannah se sobresaltó. Tenía frente a ella el Martini sobre una servilleta monogramada con las iniciales «CL», tan gruesa que casi parecía de tela. Guardó el cuaderno y el bolígrafo en su bolso de mano.

–Que sepas que tenemos vino –dijo una voz tras Hannah, que ya se había acercado la copa de Martini a los labios. Se dio la vuelta. «Mierda». Allí a su lado se encontraba Bash Beaumont con un impoluto esmoquin de Armani y corbata

de nudo francés verde bosque, que seguro que había escogido para que hiciera juego con la decoración del club.

–¿Cuánto tiempo llevas ahí? –preguntó Hannah.

Respondió con una sonrisa burlona. Hannah le sacaba un par de centímetros gracias a los tacones y le sorprendió descubrir que Bash no era demasiado alto, un hecho en el que no había reparado en el instituto cuando solo llevaba zapatos planos y él parecía alzarse de forma imponente. Sin embargo, estaba tan en forma como siempre, le habían confeccionado la chaqueta a medida de forma experta para que marcara los contornos de sus bíceps y su pecho; estaba claro que había seguido con su entrenador.

–Belvedere es la última marca con la que se ha asociado Madison –afirmó–. Agradecemos su patrocino, pero no te dejes amedrentar por mis empleados.

Ella resopló. Tenía guasa que dijera eso precisamente uno de los mayores *bullies* de Prescott.

–Me sorprendió recibir la invitación.

Bash ladeó la cabeza.

–Lo que ocurrió en último curso no tuvo mucho que ver con nosotros dos, ¿no?

–Supongo que no –asintió ella–. Aunque imagino que habrás leído mi artículo.

Bash rio; un sonido fuerte y gutural.

–Personalmente, me pareció brillante. Puede que no me creas, pero no soy el mismo chico que era en Prescott. Me he reformado.

Hannah arqueó las cejas. Tenía razón: no le creía nada. Pero si volvía a sacar a relucir una letanía de malas conductas con su anfitrión, seguro que conseguía que la echaran a la calle y, por desgracia, necesitaba estar allí hasta el final de la noche.

–¿Dónde está tu coanfitriona? –preguntó en vez de seguir con el tema.

La mirada de Bash ascendió hasta el reloj circular que había sobre la barra.

–Madison llega elegantemente tarde, nada nuevo. Henry tenía un evento de la campaña esta tarde. Me imagino que llegarán juntos, con tiempo de sobra para el discurso de bienvenida. –Sus ojos pasaron del reloj de la pared al Rolex Oyster Perpetual de su muñeca, una versión renovada del modelo clásico que llevaba en el instituto. Como si fuera a ofrecerle otra respuesta–. Que está programado para dentro de quince minutos.

–¿Va a venir Henry Alcott Winslow?

Cuando Hannah publicó «Los multimillonarios de Nueva York: que muerdan el polvo», había anticipado una oleada de fuertes críticas de parte de sus excompañeros de clase, las cuales llegaron en el momento justo, pero no le importó. Llevaban años sin moverse por los mismos círculos. Pero lo que no pretendía era poner el foco en Madison DuPont el mismo día en que su marido multimillonario anunciaba que se presentaba a la alcaldía. No es que le tuviera ningún aprecio a Henry Alcott Winslow y a su insignificante plataforma de centro-derecha, pero Winslow era conocido por su apoyo a varios medios de comunicación de Nueva York y no tenía intención de enfadar a uno de los mayores patrocinadores de la revista para la que escribía.

Por suerte, él aún no había retirado la financiación, pero su presencia esa noche podría suponer una complicación para su artículo de seguimiento. El enfoque de la historia serían los establecimientos elitistas y la riqueza multigeneracional, pero, por lo que sabía, Winslow era un miembro del Club Lenox. Tendría que andarse con cuidado, y el decoro no era lo que su jefe tenía en mente.

–Nos bendecirá con su presencia, si tenemos suerte –se mofó Bash con un humor socarrón, pero antes de que Hannah pudiera preguntarse por el posible conflicto existente entre dos de los hombres más ricos de Nueva York (o incluso antes de que pudiera importarle), otro rostro le llamó la atención.

Elle Harrington apareció desde el comedor, aún más guapa y

refinada que cuando tenía diecisiete años. Llevaba un vestido hasta el suelo de Carolina Herrera, su diseñadora preferida ya en la adolescencia. El vestido de gasa metalizada dejaba a la vista un hombro desnudo. Le resplandecía la piel bajo las luces ambarinas y sus rizos marrón oscuro estaban recogidos en un moño. Hizo una pausa para alternar la mirada entre Hannah y Bash, luego chasqueó la lengua. Puede que a Bash el artículo le pareciera brillante, pero resultaba evidente que Elle Harrington no estaba de acuerdo. Levantó el mentón en un gesto brusco para que Bash se acercara hasta ella.

–Disculpa. –Bash apoyó una mano sobre el hombro de Hannah y luego se marchó.

Hannah se pasó los siguientes diez minutos dando sorbitos a su Martini y evitando a sus compañeros de clase. Evidentemente, habían acudido antiguos alumnos de varios años; vio a Alex, el hermano pequeño de Madison, charlando con un par de chicas de su año, y, durante unos pocos minutos, estuvo sumida en una conversación con un hombre mayor que se presentó como Frederick Tillinghast, de la promoción de 1964.

En la biblioteca, el reloj de pie marcó las siete. ¿Ni siquiera había pasado una hora? Dios. Se suponía que los discursos de bienvenida debían tener lugar ahora, seguidos de una cena a las siete y media, luego una subasta, después los postres, los bailes y demás, hasta la medianoche. Pero, por supuesto, Madison DuPont llegaba tarde y estaba retrasando el evento.

Hannah suspiró y deslizó su copa de Martini vacía por encima de la barra.

–Un Sauvignon Blanc.

Esta vez la camarera extendió el brazo para abrir la nevera de los vinos sin proferir palabra.

Justo en ese momento, la pesada puerta del Club Lenox se abrió de par en par. Esperaba ver a Madison entrando como si nada; pero lo que vio la dejó completamente boquiabierta. La que se encontraba en la puerta era su hermana pequeña,

Ami, que se suponía que estaba en Japón. Hannah agarró su bebida y se apresuró hasta la entrada, donde Ami estaba dejando el móvil en la bolsa de terciopelo.

Envolvió a su hermana en un abrazo, con cuidado de no derramarle el vino por la espalda de su vestido azul claro.

–¿Qué estás haciendo aquí? –susurró–. ¿Cuándo pensabas decirme que habías vuelto a Nueva York?

Ami sonrió.

–He aterrizado hace literalmente dos horas. Quería darte una sorpresa.

–Pues sí que me has pillado por sorpresa. ¿Pero no ibas a pasar otros tres días en Kioto?

–Se suponía que sí. Hasta que alguien me compró una entrada para la gala y me la envió a Japón.

–¿No será papá ese alguien? –Hannah sonrió con suficiencia–. Yoko y tú lleváis un mes fuera y me ha estado llamando tres veces al día. El pobre se está volviendo loco sin ninguna de las dos en casa. –Hannah vivía en un piso de dos habitaciones en la zona limitante entre Williamsburg y Bushwick con un compañero de piso que había conocido por internet y que nunca veía, pero Ami, que había terminado la carrera hacía solo dos años y ganaba bastante menos que el salario mínimo como asistente de moda en una revista sin alma del centro de la ciudad, aún vivía con sus padres.

Ami se encogió de hombros.

–El caso es que mamá me convenció para que acortara el viaje, así que aquí estoy.

–¿Quieres…? –empezó a preguntar Hannah mientras señalaba la barra con la cabeza, pero, antes de que pudiera continuar, la puerta volvió a abrirse de par en par, y esta vez Madison DuPont y su marido multimillonario traspasaron el umbral. Durante un momento, sus ojos se encontraron con los de Madison, y su mirada gélida le provocó un escalofrío. Cogió a Ami del brazo y tiró de ella hacia un lado.

Madison iba ataviada con un vestido de alta costura de estilo

romántico, con varios metros de seda color melocotón y rosas de tul. El largo cabello pelirrojo le caía en ondas hasta la mitad de la espalda. A su lado estaba Henry Alcott Winslow, de anchos hombros y mandíbula definida. Le sacaba quince años (Madison había cumplido con éxito su propósito de solo establecer relaciones con hombres mayores que ella), pero iba bien afeitado y seguía teniendo aspecto juvenil. Hannah retrocedió tres pasos más; con un poco de suerte la presencia de Winslow esa noche sería breve y se ahorraría un encuentro incómodo.

Poco después, Bash y Madison estaban besándose en las mejillas y guiando a todos los presentes a través del salón y más allá de las amplias puertas francesas para llegar a la biblioteca. Era una sala íntima, más larga que ancha y con el espacio justo para alojar a unos setenta invitados de pie hombro con hombro. En la pared de la izquierda, tres estanterías de techo a suelo contenían una seleccionada colección de primeras ediciones, traducciones y volúmenes clásicos encuadernados en cuero. Una larga escalera rodante fijada a unos rieles de latón permitía que los miembros del club accedieran a las baldas superiores.

Madison y Bash asumieron sus puestos ante un par de atriles de madera delante de la pared que conducía al patio. Tras ellos, intercaladas con los paneles de madera oscura, había una serie de ventanas policromadas que añadían un necesario toque de color a la sala apagada y creaban una barrera visual entre el interior del Club Lenox y el patio que estaba al otro lado. Todos los invitados estaban agrupados en la estrecha habitación. Hannah y Ami encontraron un hueco en medio de la multitud.

Bash comenzó por dar la bienvenida a los antiguos alumnos de Prescott. Continuó con algunas bromas sobre haber rechazado las solicitudes de membresía de ciertos compañeros a lo largo de los años y la mirada de Hannah recayó sobre Oliver, que debía de haber entrado sigilosamente algo tarde. Si aún le importaba aquel manido desprecio, no hizo muestra de ello.

En ese momento, Madison tomó el mando y les recordó a todos por qué se habían reunido allí esa noche: para celebrar el centésimo aniversario de la Academia Prescott y para recaudar dinero para un complejo de deportes acuáticos y un ala de ciencias de última generación.

–Durante mis años en Prescott no fui una gran deportista o académica. –El público se rio con nerviosismo–. Pero el instituto fue mi hogar durante mis años de formación y siempre formará parte de mí. Espero que abráis vuestros corazones y vuestras carteras durante la subasta de esta noche para asegurarnos de que la Academia Prescott sigue siendo la número uno en Nueva York para la próxima generación y todas las venideras.

–Tuve la suerte de pasar el Día de los Fundadores en Prescott el pasado mes de enero, esta vez como donante –intervino Bash–. Me complace informaros de que las viejas tradiciones siguen vigentes. Adornaron el busto de Elias Prescott con una camisa hawaiana horrenda para la ocasión y vi que las palabras de ánimo que encontraron en el juego de varias décadas de antigüedad, cartas escondidas, hicieron que se les saltaran las lágrimas a dos estudiantes de segundo. No puedo decir que lo valorara todo lo necesario mientras fui estudiante y, desde luego, tampoco les saqué provecho a todos los recursos académicos. –Más risas nerviosas de los invitados–. Pero Prescott es de cabo a rabo el refugio de la tradición y la erudición que ha sido siempre, y le debemos…

El repiqueteo de unos tacones sobre la madera llamó la atención de Hannah y se dio la vuelta para mirar hacia atrás, a través de las puertas francesas de la biblioteca, que estaban completamente abiertas para permitir que entrara el aire desde el salón. Una mujer bajita con un vestido negro sencillo y una torera verde ajustada paseaba con seguridad desde la barra hasta la biblioteca, con un vaso de *whisky* en la mano. Hannah tardó un instante en reconocer a su excompañera de clase: Gemma Phipps. Esa noche, «la zorra de Park Avenue»

(puso una mueca al recordar el cruel apodo) tenía un aspecto refinado y sutil. Llevaba el maquillaje impoluto y su larga melena rubia recogida en un moño francés. Pero ¿qué estaba haciendo allí? Gemma no se había graduado en Prescott y, gracias a The Upper Edge, su último año había sido incluso más desagradable que el de Hannah.

–Ay, madre –murmuró Ami.

Justo lo mismo que había pensado Hannah. ¿Por qué narices pagaría Gemma el desorbitado precio de la entrada para apoyar al instituto que la había destrozado de aquella forma?

Con unas zancadas rápidas y decididas, Gemma atravesó el salón y se unió al gentío en la biblioteca.

–Zorra simplona –musitó Elle, lo bastante alto como para que se oyera por encima del discurso de bienvenida. Pero, si el comentario llegó hasta Gemma, esta hizo caso omiso.

El discurso se extendió cada vez más, Bash y Madison intercambiaron recuerdos y bromas, y la mente de Hannah empezó a divagar. Durante el tiempo que pasó en Prescott había acudido a muchos eventos así en los que el aburrimiento se entremezclaba con la riqueza apabullante y grandes cantidades de alcohol. Al fin, a las ocho menos veinte, los dos anfitriones finalizaron y recibieron un cálido aplauso.

Bash se inclinó desde su posición en el atril para dirigirse a un hombre que portaba un pulcro delantal blanco. Luego volvió a alzar el micrófono.

–Sé que vamos un poco tarde, pero el chef Bernard acaba de informarme de que se servirá el primer plato en breve. Sé que todos estamos empezando a tener hambre.

–¡Pero antes –lo interrumpió Madison, que se inclinó con aire juguetón hacia el micrófono de Bash–, mientras nuestros camareros hacen su magia, id a la barra a por otro cóctel Belvedere, por favor! –Levantó su copa de Martini, que aún seguía llena, y recibió más aplausos. Sonrió y le dio un delicado sorbito.

Bash puso los ojos en blanco y se bajó de la plataforma, luego

atravesó la sala para llegar hasta Theo. Los dos hombres chocaron las manos y Theo tiró de él para acogerlo en un fuerte abrazo. Estaba claro que los dos amigos seguían teniendo una relación estrecha. Elle ocupó su lugar sobre la plataforma y le otorgó una sonrisa de felicitación a Madison.

A medida que la multitud salía de la biblioteca y regresaba al salón, Hannah inspiró hondo. Algunos extrajeron talonarios de los bolsillos de sus chaquetas y de sus relucientes bolsos de mano. Otros enfilaron hacia la barra.

Estaría allí atrapada durante varias horas más y evitar a Madison todo ese tiempo sería casi imposible.

–Tengo algo que –le dijo a Ami–. Te veo ahora.

Ami siguió la mirada de Hannah hacia el atril, donde se encontraban Madison y Elle.

–¿Te vas a ofrecer como cordero sacrificial ante Elle Harrison y Madison DuPont?

Hannah suspiró.

–Espero que no. Pero tengo que calmar los aires.

–Buena suerte. –Ami se encogió de hombros y se retiró hacia el salón. Hannah avanzó hacia la parte delantera de la biblioteca y esperó. Cuando Madison terminó de conversar con uno de sus antiguos compañeros de clase, Hannah dio un paso al frente a regañadientes.

–Madison… –comenzó, pero tanto ella como Elle se volvieron para lanzarle sendas miradas gélidas. Sí que iba bien la cosa.

–Sobre el artículo… –empezó de nuevo Hannah–. Sé que salió en un momento desafortunado, pero tenía que…

–¿Oyes a alguien hablar? –preguntó Elle–. Te juro que estoy oyendo un zumbido horroroso.

Madison se giró hacia Elle y le dio la espalda a Hannah. La estaba ignorando.

–Voy a ir al servicio –murmuró Madison–. No he tenido un momento a solas desde la recaudación de fondos de Henry. Necesito refrescarme.

–¿Quieres que te acompañe? –preguntó Elle.

–No, no tardo nada. –Le dio un trago a su bebida–. ¿Nos vemos en la barra? Cuando me termine este voy a necesitar otro.

Madison salió de la biblioteca sin volver a echarle un solo vistazo a Hannah y atravesó el pasillo en dirección a los baños con la copa de Martini en la mano.

«Vaya, no podría haber ido mejor». Hannah, que se negaba a permitir que aquel desprecio la afectase, le ofreció una amplia sonrisa a Elle y luego se encaminó hacia el comedor, donde los camareros, vestidos con chaquetas con una sola hilera de botones, camisas de algodón impecables y pantalones planchados, colocaban finas ralladuras de trufa en pequeños platillos de aperitivo y reorganizaban los carteles con los nombres para acomodar las ausencias y las apariciones de último minuto. Olía a lino recién lavado y a peonías blancas, las cuales estaban distribuidas con gusto sobre las mesas más grandes y los dos aparadores de roble de la sala. Empezó a rodear las mesas en busca de la tarjeta con su nombre, preparada para moverla a escondidas si la habían sentado con Ellen, o, peor, con Henry.

Las luces del comedor parpadearon y Hannah se detuvo frente a las tarjetas del señor Albert Thorton y la señora Blythe Thorton, promoción de 1957. Levantó la vista hacia el enorme candelabro de oro y vidrio de Murano. Volvió a titilar y, de pronto, todo el club se vio sumido en la oscuridad. Algunos gritos de sorpresa se alzaron desde el salón y una mujer a su lado se tropezó contra una mesa y tiró al suelo de madera un vaso de agua, que se hizo añicos. Eran las 19:50 h en pleno junio y aún era completamente de día en el exterior, pero las gruesas cortinas de las ventanas delanteras del Club Lenox siempre estaban echadas, de acuerdo con el lema del club «Preservamos la privacidad». Y tanto que resultaba privado, y oscuro como boca de lobo. Hannah perdió el equilibrio y trató de agarrarse al respaldo de una silla. En algún lugar a su izquierda, otra silla cayó al suelo.

–¿Qué cojones está pasando? –refunfuñó alguien.

–¿Se ha ido la luz? –dijo otra voz.

–Corred las cortinas –sugirió alguien–. ¿Sigue habiendo luz en el resto de la manzana?

Durante el transcurso de noventa segundos, dos minutos como mucho, se produjo el caos en el club. Los invitados se tropezaban, las bebidas se derramaban. Bash pidió que mantuvieran la calma, pero nadie le prestó atención. Justo cuando alguien (supuso que se trataba de un miembro del personal, pero no pudo ver de quién se trataba) anunció algo sobre un generador de emergencia ubicado en el sótano, las luces volvieron a encenderse.

Hannah parpadeó.

–Ha sido… entretenido –comentó para nadie en particular.

La mujer que había tirado el vaso de agua le dirigió una mirada desdeñosa y luego siguió limpiándose el vestido con las manos. Por todos lados, los empleados del Club Lenox se pusieron manos a la obra para fregar las bebidas que se habían derramado y levantar las sillas volcadas. En el salón, un jarrón con flores se había caído al suelo y un camarero se apresuró a reemplazarlo.

De pronto, un grito penetrante atravesó el club. Hannah se puso tensa.

Lo siguieron un segundo chillido y varios gritos ahogados.

–¿Pero qué coño…? –musitó Hannah.

–¡Aquí! –gritó alguien desde el salón–. ¡Ayuda!

Hubo un arranque de movimiento y Hannah siguió a los otros a través de los amplios arcos en dirección a la conmoción.

–¡No os acerquéis! –gritó una mujer.

Hannah avanzó hacia delante.

–Disculpa –murmuró y se abrió paso a través del gentío. Todos a su alrededor se empujaban para tener mejores vistas o retrocedían, con expresiones de perplejidad.

–Creo que está…

–¿Hay algún médico?

–Mierda, joder, ¿dónde están nuestros teléfonos?

Cuando Hannah llegó hasta la fila delantera, lo que vio la dejó sin aliento.

En el pasillo que transcurría entre el salón y los servicios, yacía tirada Madison DuPont sobre la oscura y ornamentada moqueta, con la seda color melocotón extendida a su alrededor. Tenía los ojos en blanco y un leve hilo de vómito le bajaba desde la comisura de la boca hasta la barbilla. Uno de sus pálidos brazos estaba extendido y señalaba con los dedos la copa vacía de Martini que había rodado justo fuera de su alcance.

No hacía falta ningún médico.

Madison DuPont estaba muy pero que muy muerta.